

# La Novela Ideal



VENGANZA NO, JUSTICIA Por MARGARITA AMADOR

Núm. 529

20 Cts.

de Ricardo Peña. — 408. *Entre suegra y nuera*, de Federico Urales. — 409. *Aurora de amor*, de Libertad del Bosque. — 410. *Venus de cabaret*, de G. López Pantoja. — 411. *Nueva aurora*, de Cristina Pérez. — 412. *¿Cuál de los dos es mi padre?*, de Federico Urales. — 413. *¡Maleantes!*, de Clemente Cimorra. — 414. *El último discípulo*, de Manolita Gutiérrez. — 415. *Almas libres*, de Valentín Obac. — 416. *La hija del pueblo*, de Federico Urales. — 417. *Amor sin trabas*, de Salvador Cano. — 418. *¡Proletario!*, de M. Herrera F. — 419. *Los héroes del amor*, de Juan González Massó. — 420. *La mujer del condenado*, de Federico Urales. — 421. *Blanca*, de Juan Baldreny. — 422. *Una historia de amor*, de Celia Morales. — 423. *Floreal*, de Juan de la Flor Burgos. — 424. *Luz a los veinte años*, de Federico Urales. — 425. *Memorias de un médico*, del Dr. J. Serrano. — 426. *La mancha de sangre*, de Angela Graupera. — 427. *Ariel, el aventurero*, de Máximo Hamleton. — 428. *Su vida es mía*, de Félix León Vicente. — 429. *Violeta*, de Miguel Beltrán Alomar. — 430. *Blancaflor y Enrique*, de Federico Urales. — 431. *¡Patriotismo!*, de Francisco Moles y Güell. — 432. *Tribunal de amor*, de Ricardo Peña. — 433. *Trabajo, lucha y amores*, de Carlos Aleda. — 434. *Holocausto sublime*, de Julio Morante. — 435. *Amor en venta*, de Federica Montseny. — 436. *Flor del barro*, de Manuel Andueza. — 437. *Una novela vivida*, de Dionisio Bertrand. — 439. *¡Apóstata!*, de Fernando Claro. — 440. *El hijo del general*, de Clemente Cimorra. — 441. *El vagabundo*, de Angela Graupera. — 442. *Aroma y Manuel*, de Federico Urales. — 443. *¡Soledad!*, de M. López Sánchez. — 444. *Vidas truncadas*, de Boris Queralt. — 445. *¡Yo no he matado a nadie!*, de A. G. Gilabert. — 446. *Cuando nadie nos vea*, de Federico Urales. — 447. *Ambiente fatal*, de Gabriel Pérez. — 448. *Amor vivificante*, de Hilario Ferrer. — 449. *Por una sola noche*, de Federico Urales. — 450. *Perdonar*, de José Navarro. — 451. *Su vida anterior*, de M. Badía Colomer. — 452. *Nada más que una mujer*, de Federica Montseny. — 453. *Estigma de esclavitud*, de Juan Durán Gómez. — 454. *La admirable vida*, de Antonio Estévez. — 455. *Memorias de un seminarista*, de Jacinto Torhyo. — 456. *Calvario*, de Federica Montseny. — 457. *¡Cuánto tarda hoy!*, de Federico Urales. — 458. *La hija del apóstata*, de Fernando Claro. — 459. *Los dos caminos*, de Angela Graupera. — 460. *Un sueño de amor*, de Juan Padreny. — 461. *Vencer es convencer*, de Francisco Orús. — 462. *Hemos nacido ayer...*, de Clemente Cimorra. — 463. *Bohemia*, de Diego R. Barbosa. — 464. *La flor loca*, de Federico Urales. — 465. *Mi mejor obra*, de José Aced. — 466. *Pasado, presente y futuro*, de Gabriel Pérez. — 467. *Camaradas y rivales*, de Cristino Pérez. — 468. *Las serpientes de mar*, de Federico Urales. — 469. *Vidas sombrías*, de Federica Montseny. — 470. *El amor y el ideal*, de Manuel Delgado. — 471. *El amor ante la jarsa*, de Valentín Baldenebro. — 472. *Ni una mirada*, de Federico Urales. — 473. *Hacia otras tierras*, de Juan de la Flor Burgos. — 474. *Todo un caballero*, de Asunción Hernández. — 475. *Libre tierra del amor*, de Rafael López P. — 476. *La esposa del cacique*, de Federico Urales.

Bro sp 900  
360

# LA NOVELA IDEAL

AÑO XII

30 SEPTIEMBRE DE 1936

Núm. 529

MARGARITA AMADOR

## Venganza no, justicia



PUBLICACIONES DE «LA REVISTA BLANCA»  
Administración: Calle Escornalbou (antes Guinardó), 37  
Teléfono 51780 — Barcelona

Precio de subscripción: Un semestre, 4'70 pesetas

Extranjero: » 6'80 »

LA PRÓXIMA NOVELITA SE TITULARÁ

# LOS BÁRBAROS

de AURELIO GANDIA

Acaba de aparecer:

## “MI DON JUAN”

TOMO I

Por FEDERICO URALES

Novela de un extraordinario amorador de mujeres, con todas las aventuras y las luchas a que ello da lugar.

**200 páginas, 2 pesetas**

25 por 100 de descuento a paqueteros y correspondientes.

EDICIONES DE «LA REVISTA BLANCA»: Escornalbou, 37, Barcelona.

Int. Instituut  
Soc. Geschiedenis  
Keizersgracht 264  
Amsterdam-C.

I

Apoyada en el alféizar de la ventana que daba sobre la estrecha calleja, Marcelina esperaba con impaciencia la llegada de su compañero. Este trabajaba en una fábrica de cartonajes, y era encargado de una de las varias secciones que englobaban en conjunto a más de doscientos obreros.

Augusto había sido siempre puntual y a las siete sobre poco más o menos doblaba diariamente la esquina, y con un movimiento hartito sabido levantaba la cabeza esbozando una sonrisa que tranquilizaba a su amada.

Sin embargo, aquel día acababan de dar las nueve y Augusto no aparecía.

— ¿Qué le habrá sucedido? — decía la joven, impaciente, sin poder reprimir más las lágrimas que pugnaban para salir, impelidas por los tristes presentimientos que brotan en tales ocasiones —; ¿qué le habrá sucedido?

De pronto, el corazón pareció estallarle al divisar la silueta de Augusto que aparecía en la esquina y la saludaba amistosamente.

— ¿Pero qué te ha pasado?, nada malo, supongo. ¡Cuánto me has hecho sufrir! ¿dónde has ido? ¿qué ha ocurrido? — díjole con angustia Marcelina, al mismo instante de abrirle la puerta del piso.

— Serénate, mujer. No me ha pasado nada; ya ves que estoy «vivito y coleando» — dijo en tono jocoso —; pero es que he tenido que personarme en el Sindicato para estudiar la fórmula de que don Silvio afloje, o de lo contrario iremos, sin más contemplaciones, a la huelga. Eso es todo; pero no he podido

advertirte antes, y como era necesario realizar esta diligencia esta misma noche, ahí está todo explicado.

— Luego, es asunto resuelto...

— Si no hay avenencia, sí, y la única fórmula de arreglo es que acepte los salarios que rigen en las demás fábricas y que de sobras nos ganamos. Me gustaría que vieras al tío Silvio; ¿sabes, Marcelina?, sólo se preocupa de los beneficios: siempre clama que se trabaja poco y que cada día gana menos. Y aun menos mal que no nos dice que pierde dinero. Pues bien, a pesar de esto, cada mes cambia de coche; le gusta cambiar de marca como de camisa; cada año levanta un caserío nuevo, cuyos alquileres no le pagan la contribución, por supuesto, y cada semana alquila una mujerzuela, que nos pasea por las narices desde su despacho.

«Añade a esto que cuando un camarada le expone que su mujer va de parto, u otro que le adelante el semanal para un medicamento, se pone furioso y me culpa a mí, ya que de estos encarguitos no quiere saber nada; ¡si tiene un corazón más negro...! Pero hoy estallé, y ya no aguanto más. A pesar de ser encargado, no puedo ni me pondré jamás de su parte. Los obreros tienen razón, y como obrero que soy he de defender su posición, cueste lo que cueste. Con la justicia se va a todas partes, ¡no faltaba más!

Marcelina entretanto había puesto la cena y asentía con la cabeza, pero sin probar bocado.

— Pero y tú... ¿no comes?

— No tengo apetito. Acaso sea debido a la impaciencia y al mal rato pasado. La soledad es mala consejera, los malos presagios empiezan a dar vueltas y más vueltas, y nada, no siento apetencia por el menor requisito.

— Pues esto no puede durar así, vida mía. Son muchas y muchas las comidas que pasas por alto, y sin tomar alimento, el cuerpo no puede sostenerse. Mañana iremos a ver al doctor; quizá con un medicamento, algún específico...

— Estoy harta de medicinas, Augusto. Estoy hasta

aquí—dijo señalándose por encima la cabeza— de tirar el dinero sin ventaja alguna; no quiero que te mates más trabajando por mí, cuando está visto y demostrado que mi salud no hay posibilidad que remonte la corriente. Reconstituyentes, medicamentos, fortificantes, píldoras e inyectables, ¡todo al demonio! Basta de ensayos y probaturas sin eficacia alguna; será lo que deba ser, sin engordar, como final de cuentas, a unos farmacéuticos sin conciencia.

Augusto, dándole ánimos, se acercó cariñosamente, rodeándole el talle con sus brazos:

— ¡No seas niña! El que yo trabaje, ¡qué importa!, la cuestión es que tú te pongas buena, que puedas salir a pasear, marcharte de estas cuatro paredes, saltar con alegría, como hacías antes; anda, Marcelina, ten confianza en la vida, que tu juventud no te da derecho a ser mezquina con ella y a echarle un velo negro encima.

La joven sonrió, más para alentarle a él que por convencimiento propio.

La pareja que nos ocupa habíanse conocido hacía cinco años, justos y cabales. Ella trabajaba en una fábrica de tintes y aprestos contigua a la de Augusto, y las horas de entrada y salida al trabajo coincidían. La vió, la habló y le gustó; el amor prendió fuego en la mecha y ellos hicieron lo demás.

Al cabo de unos cuantos meses que efectuaban el mismo recorrido, muy cogiditos del brazo para evitar tropiezos y por las vías oscuras, pero alumbrándose mutuamente con el fuego de sus pupilas, acordaron unirse libremente y resistir abrazados día y noche los embates que la vida quisiera enviarles.

Tenía entonces Augusto veinticuatro años y Marcelina acababa de cumplir los veintidós. Buen mozo, de alta estatura, tez morena y ojazos como carbunclos, hacía al lado de Marcelina, rubia, talle fino y mirar dulce, el bello contraste de la fuerza unida a la delicadeza, del vigor a lo endeble, de la resistencia a la mansedumbre. Ella admiraba en él su corpulencia, su robustez de trabajador sano y su resistencia física a

toda prueba; a él le pareció que recibía un tarro de dulzura y miel de romero, que sus manazas no osaban profanar.

Su unión, por libre y espontánea, arraigó tan adentro de aquellos dos seres, hasta entonces libre de todo lazo amoroso-familiar, que sus vidas fundiéronse en el crisol del lecho nupcial, y todos los deseos de él fueron para ella y los quererres de ella únicamente para él.

Mas ¿qué tendrá la dicha que en el hogar de los pobres refunfuña y aún no ve la puerta abierta toma las de Villadiego? Veleidosa, tornadiza, en el hogar rico, se agarra con sus enormes tentáculos y de allí se le echa porque produce hastío; en el hogar pobre, que es donde se la saborea con mayor gusto, apenas una se da cuenta, se ha esfumado como por encanto.

Y del hogar modesto que habían formado los jóvenes huyó también para no volver más. A los dos años de su unión, Marcelina tuvo que dejar el trabajo de la fábrica. Sus fuerzas fueron decayendo, y la falta de apetito vino a ennegrecer la situación. El alimento natural tuvo que ser suplido por los reconstituyentes, de manera que al disminuir los ingresos, aumentaron los gastos en proporción geométrica.

Jamás una queja, jamás el más leve reproche profirió Augusto, y doctor tras doctor, medicina tras medicina, iba desfilando el modesto semanal del obrero, impotente para atajar el mal que se anunciaba. El rostro enflaquecido de la joven, la lasitud de sus miembros, la fatiga que la dominaba al más leve esfuerzo, delataban a la legua que el mal hacía su curso.

Esta era la situación de la joven pareja al empezar nuestro relato.

Al día siguiente de la visita al Sindicato, Augusto, como delegado de éste, expuso a sus compañeros la única solución viable para el logro de sus demandas:

— Camaradas, puesto que los sueldos misérrimos no nos bastan para comer, y los beneficios son ostensibles, ¿qué pensáis hacer?

Varias voces respondieron a la una:

— ¡Ir a la huelga! — y aclararon —: Puesto que la

única fuerza coercitiva que poseemos es la suspensión del trabajo, puesto que nuestro patrón se niega no sólo a concedernos las mejoras imprescindibles, sino hasta a tratar con nosotros, hemos de usar el arma que nos presta la ley, e ir por unanimidad a esta solución con todas sus consecuencias.

Todos ellos dieron un «sí» unánime, y Augusto cerró el trato con un «Camaradas, uno para todos y todos para uno; hoy por hoy al trabajo, mañana se presentará el oficio y, dentro del término legal, a lo nuestro».

Palmas de hombros, apretones de manos, saludos amistosos, y cada cual fué directamente a su sitio. El chirriar de las correas de transmisión, el roncar de los motores que ponían en marcha todo aquel engranaje de ruedas y manivelas volvió a atronar el espacio como de costumbre.

Augusto, consciente de su deber, penetró en el despacho de don Silvio para darle cuenta del acuerdo adoptado.

— ¿A qué vienes? — gritóle fuera de sí.

— A hablar con usted a las buenas y a entendernos, si ello es posible.

— Sé breve, te escucho.

— La brevedad no depende de mí, sino de usted. Ahí tiene la lista de salarios que de hoy en adelante deberán regir en esta fábrica, y me duele que sea yo quien se la presente a usted, en lugar de ser usted quien nos la someta a nosotros, como era su deber.

— No necesito lecciones de nadie. Estimo que los salarios son remuneradores, y aunque transigiré en darle una ojeada a vuestra nota, desde ahora puedo avanzar que no podré tomarla en consideración.

— Si antes de examinarla ya sabe usted que no podrá aceptarla, además de la terquedad e injusticia que esto representa, deben existir otras razones, que nosotros ignoramos, para que así se comporte usted.

— Mis razones me las guardo.

— Y las nuestras se las sometemos; vea quién obra con más nobleza.

—El tiempo que estoy perdiendo contigo, oyendo tus sandeces, vale ya la mejora que reclamáis; mi tiempo es precioso.

—Porque usted es un feliz mortal que valora a muy alto precio sus minutos de acuerdo con la nómina mensual que se carga; si usted hiciera otro tanto con sus obreros, éstos no le importunarían en discusiones.

El viejo iba montando en cólera:

—Acabemos; no estoy dispuesto a transigir.

—Bien; entonces mi Sindicato hará el resto.

Don Silvio de Bustamante, ante la amenaza de una intervención sindical, pasó al rojo:

—No admito, ¡oyes!, no admito que nadie se entrometa en mi casa; aquí mando yo, ¡y tú y tu Sindicato os vais al cuerno!

—Sin embargo, no le pregunto yo si obedece a órdenes que haya recibido de su organización patronal, a la que trato con más respeto. Buenas tardes, don Silvio; hasta mañana tiene usted de tiempo para estudiar las conclusiones. En caso negativo, será presentado el Oficio de huelga — y, dando media vuelta, salió del despacho, poniéndose otra vez a su trabajo.

Al llegar por la noche a su casa no vio a Marcelina en la ventana. Ello le hizo traspasar la calle corriendo y subir los escalones de cuatro en cuatro. La puerta estaba entornada y el doctor terminaba su visita ante la vecina compasiva, la buena Sabina, que le había llamado a toda prisa.

Al percibir Marcelina entre la penumbra de la habitación a su compañero, le dijo para no asustarle:

—No ha sido nada; no temas: un sencillo desvanecimiento, y esta buena de Sabina ha querido llamar al doctor; mañana estaré ya bien — pero sus párpados volvieron a caer bajo la fiebre que la dominaba.

—Dígame, doctor, dígame por compasión — preguntó con angustia Augusto al salir de la estancia —: ¿ha empeorado mi compañera? ¿podrá atajarse el mal? ¿está perdida sin remedio? ¿qué debo hacer?

—Vaya, tranquilícese, muchacho. El estado de esa joven requiere mucho cuidado y una superalimentación

intensísima. Además, y acaso lo más urgente, sería llevarla de aquí; esto es húmedo e inhóspito, y ya sabe usted que donde no entra el sol entra el médico. Le conviene aire puro, oxígeno, luz, horizonte amplio, y ayudado de una calcificación adecuada, creo podríamos llevarla por buenos derroteros — y con estas palabras se despidió.

Augusto era un muchacho valiente; sin embargo, a medida que el doctor enumeraba las armas para arrancar a Marcelina de las garras de la muerte, sentía crecer más y más la impotencia. Montaña, sol, aire puro, alimentación... ¿dónde podía proporcionarse todo esto? ¿cómo adquirirlo? ¿cómo separarse de ella y quién la tomaría a su cuidado? Nada tenía, nada poseía. Los escasos ahorros que en los primeros años pudieron arrinconar, tiempo ha que se habían evaporado, convertidos en etiquetas farmacéuticas.

Sabina, que le estaba contemplando cabizbaja, le ordenó:

—Éntrese usted en mi casa y cene; mi hombre está allí, y mientras yo cuidaré de Marcelina.

—Gracias por su bondad; ¿pero usted no cree que con mucho menos que esto, hay un hombre para matarse? ¡Suprimirse así a rajatabla de una vida tan perra!

—¡Vaya, hombre, vaya! ¡Y quién habla de suprimirse en el momento preciso en que es más necesaria la cordura! Los buenos para los malos, los sanos para los enfermos, los viejos para los jóvenes...

—¿Y también los ricos para los pobres?

—No, chico, que aquí ha de alterarse el orden natural, y debe decirse los pobres para los pobres. No esperes jamás nada de ningún rico, a menos que no te lo hayas ganado cien veces. Anda a cenar, vete a cenar y no te metas en honduras.

Augusto se fué, mientras la vecina velaba a la enferma. Algún tiempo después, y cuando Sabina se despidió, el joven tumbóse en la cama al lado del ser doliente por el cual hubiera dado su vida y cuya agonía

debía contemplar impertérrito por falta de medios materiales con que salirle al paso y retarle para batalla.

## II

Al día siguiente fué decretada la huelga, y al expirar el plazo legal, la fábrica de cartonajes de don Silvio de Bustamante tuvo que cerrar sus puertas por haberse declarado en huelga sus operarios.

—¡Malditos sean esos bichos; es la primera vez en sesenta años; y todos, todos! Aunque la culpa principal es de este sinvergüenza de Augusto, que tiene aserrín en la cabeza y se deja embaucar por el Sindicato y por todos los de su jalea; pero ya vendrán, ya vendrán cuando el hambre les acucie, y entonces... será la mía—y el obeso don Silvio esbozó una sardónica sonrisa.

Pero sus cálculos salieron frustrados y no vinieron. Vió transcurrir día tras día, semana tras semana, sin que observara prisa para las negociaciones. Y su mente cavernícola no podía comprender cómo el amor propio de un obrero vale cien veces más que la humildad del patrono, y cómo el orgullo del patrono es difícil de encajar con el amor propio de un obrero; que siempre la fibra varonil de los humildes enaltece tanto como el señoritismo de los ricos les rebaja.

Sin embargo, en el hogar de Augusto las cosas iban de mal en peor. Marcelina se levantaba por las mañanas, atendía a los cuidados más indispensables de la casa; pero al atardecer, su cuerpo se negaba a sostenerla, la fiebre hacía presa en ella y una tos seca,

aguda, vibraba entre las paredes del pisito con lúgubre acento, precursor de muerte.

Su compañero, triste, hosco, vagaba allá y acullá, sintiendo en su interior crecer el torrente avasallador que las grandes injusticias crean en el pecho de los trabajadores. Su puño se levantaba en alto y amenazaba al enemigo no por invisible desconocido. También la enferma se lamentaba de vez en cuando, diciendo:

—¡Que unos tengan tanto y otros tan poco; que habiendo trabajado yo toda mi vida como una perra hambrienta, no tenga hoy un pedazo de pan, ni un médico que por misericordia me asista, ni un nido en cualquier parte del monte, ni leche, ni huevos, ni nada! Condenada a morir en este sillón delante de esos cuatro ladrillos negros y carcomidos. Y has de saber, Augusto, que dentro del recinto de la fábrica dejé mi salud, respirando aires viciados, atmósfera repleta de ácidos; aún siento aquí... aquí... —decíase señalando el pecho— el hedor que desprendían las materias almacenadas que nos rodeaban.

Su compañero se retorció las manos y de vez en cuando, con el máximo disimulo, levantaba la manga a la altura de los ojos, en gesto aparentemente inocente, pero que encerraba una tragedia.

—Cuánta razón tienes; pero descansa, no te fatigues; día vendrá en que la sociedad reconocerá sus errores; aún podremos ser felices.

—No, Augusto; entonces ya no existiré, será demasiado tarde. Por de pronto, para contrarrestar el mal, nada poseemos, ni el semanal que justo venía.

—Cierto; pero hay compañeros que nos ayudan. La misma Sabina, con su marido, se desvelan para que no carezcamos de lo más necesario; física y moralmente, se comportan con nosotros como si fuéramos hermanos; otros compañeros de oficio nos ayudan en la medida de sus fuerzas.

—Nada de esto niego, al contrario, no sabes hasta qué límite llega mi agradecimiento, y hasta te diré que dentro lo triste de nuestra situación, es la única

nota de alegría que brota en mi pecho, al ver que otros pobres como nosotros hacen por mí lo que no hará ciertamente ningún poderoso. Pero... siempre surge el pero, la caridad es siempre amarga: este óbolo que nos ofrecen, por no ser ganado con el sudor de nuestra frente, tiene un no sé qué de ajeno, que al aceptarlo te empequeñece y te abochorna.

—Y resulta más descorazonador al pensar que hay vidas de trabajo perpetuo sin contar con lo más esencialmente necesario, habiendo otras de holganza continua disfrutando de lo superfluo—y el obrero, los ojos enrojecidos por la sangre que en tropel acudía, levantóse de su asiento para aspirar una bocanada de aire renovado que entraba por la ventana.

En estas, unos ligeros golpes dados en la puerta les hizo salir de su diálogo. Augusto abrió, ¡y cuál no fué su estupor al encontrarse frente a frente con su patrono don Silvio! Una ducha de agua fría no le hubiera dejado más perplejo.

—Entre usted, tome asiento.

—Gracias; voy a ser breve. Hoy hace un mes que declarasteis la huelga, y como eso no lleva trazas de arreglarse, vengo a ver si de hombre a hombre podemos entendernos.

La mirada de Augusto se hizo un tanto perspicaz y sorprendida.

—Las primeras negociaciones no quiso usted aceptarlas, no ha querido tampoco someterse a un arbitraje, no ha querido ser razonable; ¿qué le lleva, pues, por aquí hoy?

—Tú sabes, Augusto, que tengo resistencias económicas no para meses, sino para años. Es más, si me viene en gana, con cerrarla estoy al cabo de la calle. Eso—añadió en tono despectivo aludiendo a la fábrica—lo tengo yo para distracción. Pero el crédito es el crédito, y fiel a mis compromisos, deseo cuanto antes reanudar el trabajo para cumplir los contratos que tengo entre manos; no quiero que se diga que he faltado a mi palabra o que no he hecho honor a mi firma.

Esta vez Augusto rió con franca sonrisa al ver dónde se dirigía el maquiavélico don Silvio de Bustamante.

—¡Acabáramos! Ahora recuerdo que el contrato con la casa de Vitoria establece una indemnización en caso de no entrega de su pedido, como así las casas de Sevilla y Málaga, y que en conjunto deben sumar un montón de miles de pesetas. ¿Y no tiene ninguna cláusula que señale la fuerza mayor...?

Don Silvio tartamudeó:

—Ninguna.

—En su consecuencia, en lugar de realizar beneficios, tendrá que añadir de su bolsillo una bonita cantidad, ¿no es eso? ¡Cuánto lo siento, caramba!

—En efecto, Augusto, la situación es más que angustiosa, pero todo tiene arreglo, y por eso precisamente he venido a verte; sé que eres razonable y no dudo que nos entenderemos.

—Según a lo que llame usted entender, sí; según a qué, no.

En este momento un acceso de tos de Marcelina hizo levantar al joven como si obrara un resorte y penetró en la habitación contigua. Don Silvio le siguió.

—Ignoraba que tu compañera estuviera enferma—y de una ojeada abarcó la sencilla estancia y compenetróse de su miseria. Por su rostro dibujóse un rictus que tanto podía ser de tristeza como de ironía, de sorpresa como de sarcasmo.

—Continuemos aquí, don Silvio; no quiero dejar a mi mujer sola.

—Como quieras, y voy al grano. He venido para hacerte una proposición; te conozco desde chico y tengo confianza contigo. Lo que pretenden tus compañeros de trabajo es una aberración, no lo ganan. Tú, como delegado del Sindicato, llevas la batuta, y si te pones de mi lado y prometes ayudarme, podemos hacer buena faena. En primer lugar, las mejoras estas pueden ser reducidas mediante la promesa de una participación lejana en los beneficios. Además, se puede ir a la reorganización suprimiendo muchos sueldos y balanceando a unos cuantos que no son de los más



rápidos. En compensación te haré encargado general, o mejor, mi sustituto, y tendrás poder para hacer y deshacer, recompensando tus servicios de una manera espléndida. En otras palabras: si te comprometes a servir mis intereses, yo haré también que los tuyos sean prósperos.

Las palabras habían ido cayendo una a una en el corazón del obrero con sensible rebeldía. Y le dijo con un tono de amargura:

— ¡Y dice usted que me conoce! ¡Usted esperaba eso de mí, de mí; yo jamás hubiera esperado eso de usted! ¡Traicionar a mis compañeros, dejarlos en el atolladero, y más aún, pasarme a las filas de su rico rango para mejor chuparles la sangre de sus venas; no, señor, jamás!

— Reflexiona, Augusto, reflexiona y no te aceleres. Yo te hablo con calma y te propongo algo del que depende tu existencia — y acercándose díjole con voz melosa: te ofrezco el bienestar tuyo pero, además, la salud de tu compañera. Te daré opíparamente una casita al campo rodeada de pinos, una mensualidad con qué adquirir cuántos medicamentos reclame su salud, tranquilidad, horario limitado, cuantos gastos ordinarios y extraordinarios origine tu nueva vida; reflexiona, Augusto, que la fortuna sólo pasa una vez, ¡échale el lazo!!

Marcelina, que había estado escuchando con el máximo interés, miraba a su amigo con ansia infinita. Mirada preñada de angustia, de desconuelo. Tendió su mano al joven preguntándole: — ¿Qué dices a ésto, Augusto? ¿Qué respondes?

Sus ojos aparecían hundidos, rodeados de círculos negros, los pómulos coloreados vivamente y sus largos miembros apoyados en el mugriento sillón, semejaban los remos de una barca varada en la orilla, inutilizada para hacerse a la mar. Por la mente de Augusto pasaron en un momento los pensamientos más opuestos. De un lado la imagen de que Marcelina viviría, sanaría, correría, respiraría bajo el cielo amplio y cuando él regresara del trabajo a su mansión florida se echaría

a su cuello y aún podría disfrutar del amor, podría otra vez poseerla, ser suya, entregarse al deleite del amor compartido; de otro lado... todos sus compañeros bajo el látigo del cómitre, con salarios mínimos, con despidos injustificados, sudando al pie de la maquina un pan bien amargo. ¡Cuántas compañeras de sus amigos no pararían como Marcelina ante el escaso jornal y el duro trabajo! ¡Cuántos de sus hijos no serían presa de enfermedades que jamás podrían combatir en plena miseria!

Y la voz de su amiga volvió a resonar en la estancia al cabo de unos minutos.

— ¿Qué dices a ésto, Augusto? ¿Qué respondes?

Alternativa cruel para el hombre bueno que ama a los demás hombres como hermanos y a su compañera por encima de todo lo existente. Dilema fatídico entre el deber y el amor. Y dirigiéndose a su patrón una vez puestas en orden sus ideas, le dijo:

— Dígole, mi amado don Silvio, que vaya usted preparando todas las indemnizaciones a que haya lugar, y que la causa de mis compañeros de trabajo es mi causa. Aunque usted me pagaría a buen precio mi traición yo prefiero la miseria con una conciencia tranquila. ¡Buscaba usted un Iscariote moderno! Celebro que se haya llevado chasco, aunque usted lo sienta, el papel no está hecho a mi medida — y dándole una palmada en el hombro — «pobrets, pero hon-raets».

A Marcelina se la vió respirar con alivio, y levantar su pecho un suspiro de satisfacción.

— Gracias, mi Augusto; estoy orgullosa de ti, no esperaba menos de tu hombría —. Y dirigiéndose a don Silvio le dijo: — Márchese, don Silvio, y no vaya a tentar con su riqueza los hogares de modestos obreros, que como usted ve, prefieren dar su vida que vender a los suyos.

El patrono, no obstante, aun viéndose en derrota trató de hacer un último esfuerzo por su causa.

— Locura, locura lo que estáis haciendo; ya veremos lo que os darán estos a quien defendéis; im-

béciles, que no sabéis tomar la vida como se os presenta. Pues bien, yo os auguro que un día sentiréis en el alma esta renuncia que con tanta benevolencia os he hecho—. Y tomando el sombrero de la percha salió airadamente del cuarto.

—No creo que llegue este caso; nosotros, los pobrecitos jornaleros, rara vez envidiamos el lujo y la orgía de arriba; preferimos que en lugar de subir nosotros a su esfera de oro bajen ellos a nuestra esfera de tierra y gusanos—. Y cerró la puerta con estrépito, poseído de ira—. Vaya, viejo imbécil, viene a ponernos la miel en los labios, que se convertiría en hiel al querer saborearla.

—Tienes razón, chico, que dure la huelga, que dure... hasta que este viejo chapucero sepa lo que vale una conciencia; aunque me muera yo, ¿qué importa?

—Sí importa, Marcelina mía, sí importa, que en este caso queriéndote como yo te quiero, es muy costoso ser bueno, ¡es muy costoso!

—¡Luego, el ser bueno te ha costado un sacrificio!

—Porque te quiero y querría para ti todo lo que tienes derecho.

—Si has obrado bien a la fuerza ya no eres bueno—. Y el rostro de la enferma se entristeció.

—No comprendes, Marcelina; tú eres de una manera tan requetebuena que no comprendes de categorías. He obrado libremente, y ya ves, tal como mi corazón me dictaba; pues bien, el ser bueno en esta ocasión me ha costado algo, pero el ser malo me hubiera costado mucho más, y por esto he elegido de dos males el mejor. Y es porque lo que gano para ellos... lo pierdo... —No pudo continuar. Había ido más allá de lo que deseaba, no podía decirle «porque lo que gano en amistad, compañerismo, fraternidad lo pierdo en amor tuyo, te pierdo a ti porque ya este mundo te ha convertido en piltrafa, porque vas a dejarme de un momento a otro...» Nada de esto podía decirle, y si la enferma lo adivinó cerró los ojos

y apoyó su cabeza sobre el respaldo de la silla en actitud resignada, sin exhalar la menor queja.

### III

El doctor que visitaba a Marcelina, fué poco a poco espaciando sus visitas. Es decir, a medida que iba empeorando y cuando más precisa era su presencia, fué cuando menos la asistió. Tenía sus razones, siendo la primordial de que sabía que no cobraría un céntimo, y la secundaria que no podía hacerle nada por ser un caso perdido.

Pero Sabina, al ver su proceder, no se arredró y maldiciendo y gesticulando fué a buscar su médico.

—Haga usted para la pobrecita como si fuera su hija. Al salir cada mañana le esperaré a usted en el portal de mi piso, y me dirá usted cómo sigue y le pagaré su consulta.

—Mujer, no hay para tanto.

—Sí hay; quien paga manda y así lo quiero yo.

Y cada mañana, la buena mujer, los brazos en jarras, esperaba al doctor que saliera, para alargarle unas monedas de escapatoria y hacerle hablar una hora tendida. Y al cabo de unos días fué más explícito que de costumbre.

—Mira, Sabina, para esta chica no hay remedio. El caso está mal, pero mal...; ahora que algo ha de probarse y yo haría lo siguiente: o llevarla a una casita a las afueras, como he dicho desde el primer día, o al hospital, donde por algún tiempo no le faltará

nada, y veremos si da un tumbo la enfermedad. Hay estos caminos, escoged.

Durante la huelga Augusto no se movió de su lado. Día y noche a su cabecera alternándose con Sabina y conversando algo con el buenazo de su hombre llamado Jerónimo, yesero de oficio. Aquel día, sin ambages la vecina expuso a Augusto el dictamen del médico.

— Hay que decidir, cada día la pobrecita pierde kilos y antes no nos quedemos con los residuos hay que obrar.

Cuando el joven sintió que debía separarse de ella para llevarla a un hospital se enfureció.

— ¡Separarme de ella! jamás, que muera a mi lado pero en nuestro nido, en el mismo lecho donde hemos gozado y ha sufrido tanto, pero sacarla de aquí sería mucho peor el remedio que la enfermedad.

— Porque así lo dices tú que eres un sieteciencias. Has de saber, y eso lo sé yo por los «papeles» que compra mi Jerónimo los domingos, que en el extranjero todos van a una clínica, por el más ligero rasguño ya te sacan de casa, y no me harás creer que sólo tú quieres a tu mujer; lo que pasa que prefieres lejos y mejor atendida que cerca y mal cuidada, y a ese sacrificio, si sacrificio hay, es a lo que llamo yo querer, y a lo tuyo le llamaré egoísmo.

— ¡Sabina, Sabina!, no me saque usted de quicio, que usted no sabe, ni los «papeles» lo dicen la diferencia que hay entre una clínica del extranjero y nuestros hospitales. Que por muchos años existan, pero que no hayamos de ir a parar en ellos, eso es lo que le digo yo, que mucho se ha idealizado lo de las tocas y lo de los «ángeles» terrenales. No obstante y por si ello pudiera causarme un remordimiento, y usted tiene la bondad de interesarse, vaya a pedirlo... vaya... luego ya veremos.

Ni corta ni perezosa fué Sabina a solicitar un puesto para su joven amiga en la creencia que los adelantos de la ciencia y los cuidados de que sería objeto harían que recobrarla la salud por completo,

ya que a pesar de su ayuda material y moral nada se adelantaba. Pero por la noche, ya de regreso y de varios viajes de un despacho a otro, rendida de fatiga mostraba una cara compungida que hizo preguntar a Augusto.

— ¿Cómo ha ido?

— Mal, no hay cama. Por de pronto hay diez y ocho demandas que deben ocupar las vacantes que ocurran y hay para tiempo. Entretanto hay que desear, pues, que diez y ocho enfermos se mueran pronto para poder ocupar su lugar, y luego, suponiendo que entre, habrá otros tantos que desearán su muerte para utilizar su cama. Así estamos, a menos..., a menos que no tuviéramos padrinos que se interesaran por ella.

— Jamás he tenido padrinos en mi vida y ahora... a la vejez viruelas. Además que estot no sería justo si hay anteriores a ella en la demanda son antes en ocupar el puesto. Para que vea Sabina la diferencia que hay entre las clínicas del extranjero y nuestros hospitales. ¿Cree usted que cuando una mujer va de parto, y sepa usted que también van a las clínicas, les pueden decir, aunque con amabilidad, «diga a su mujer que no vaya tan aprisa, que tiene diez y ocho delante de ella»?.

Sabina nada replicó, la lección era merecida. Sin embargo, a la mañana siguiente volvió con otra cantinela, que entre ella y su Jerónimo habían rumiado durante aquella noche.

— ¿Sabes qué he pensado, Augusto?

— Usted dirá.

— Podrías alquilar uno de estos terrenos que con una pequeña vivienda hay por los alrededores de nuestro huerto, al otro lado de Montjuich, y nos trasladaríamos allí. Vosotros en vuestra casa y nosotros en la nuestra, pero yo cuidaría de Marcelina y por la noche regresaríais tú y Jerónimo. Ahora, la estación convida y siempre los aires son diferentes allí que en esta casucha indecente —. Y quedó ávida en espera de la respuesta.

— Usted no se da por vencida...

— Mientras quede un céntimo y un dedo de buena voluntad hay que probarlo todo.

Augusto se conmovió de tal manera que le saltaron las lágrimas.

— ¡Qué buena es usted, Sabina, y cómo podré pagarle jamás lo que hace por nosotros! — Y en un arranque de sincero agradecimiento abrazó a la buena vecina, que bien podía ser su madre, y reposó un instante su cabeza sobre el corazón que tan bondadosamente latía bajo la blusa de percal.

— ¿Y cómo podré pagar...

— Cállate; te hago un préstamo y en cuanto trabajes ya lo encontraremos. Yo no he tenido hijos, mi Jerónimo no conoce un día de paro, su semanal es remunerador. Así que ¿cuándo nos vamos?

— Cuando usted quiera, mande y ordene, que esta vez creo que ha tenido usted la idea más acertada, más digna y más eficaz de su vida; sacaremos a Marcelina de este antro oscuro e inhabitable; ¿cómo no se me había ocurrido antes? — Y desde hacía mucho tiempo no había sonreído con la amplitud de entonces y fué corriendo como un chiquillo a contárselo a su compañera. Su amor, su tesón ¿podría arrancarle de las garras de la muerte?

## IV

En la fábrica de cartonajes se llevaron a cabo nuevas negociaciones con breves intervalos para llegar a un acuerdo, pero el patrono no daba su brazo a torcer. La reconciliación ora se vislumbraba ora se esfumaba, y así pasó otro mes. En la mente de don Silvio aparecían las demandas tan inusitadas, que burla burlando se le echaron encima los abogados de los clientes a quien suministraba primera materia y a quienes estaba unido por sendos contratos. Pagó, le costó sumas de mayor importancia que si hubiera beneficiado a sus empleados, pero él, acérrimo, sin querer darse por vencido.

Por fin, viendo lo inútil de la resistencia, a los tres meses de huelga convinieron en reanudar el trabajo habiendo sido aceptada la totalidad de sus demandas por don Silvio de Bustamante.

En esta época Augusto con Marcelina se habían instalado en una casita diminuta rodeada de un huerto en plena montaña antaño judía, y por la cual pagaban un alquiler reducido. Cierta que las comodidades no abundaban, pero el objeto principal era que Marcelina respirara a pleno pulmón, contemplara las flores que abarrotaban el trozo de terreno y pudiera pasear su vista por el horizonte sin limitaciones. Sea por lo que fuere, el caso es que Marcelina empezó a levantarse, y era tanta la alegría de encontrarse en un nuevo elemento claro, riente, desbordante de luz que hasta parecía que el sol se condensaba en sus mejillas y les prestaba un aspecto más saludable.

También el apetito empezó a aparecer, y Sabina, pavoneándose con orgullo, pecando de inmodesta se atribuía el éxito de aquel cambio tan rotundo. El médico en sus visitas la encontraba cada vez un poquitín mejor, aunque sin abundar en alabanzas.

— Eso, Sabina, es debido al cambio de clima, de ambiente, pero el mal subsiste. Si la enferma puede disfrutar de tranquilidad, y más que nada sin ninguna pena moral ni disgusto que venga a desbaratarnos los planes, podrá ir tirando, y aunque no lo afirmo, quizá..., quizá, hasta hacer una vida normal como si nada hubiese pasado. La naturaleza tiene tantos secretos, que nosotros los pobrecitos médicos hemos de estar siempre a la expectativa y dejar la última palabra al mismo mal que según la naturaleza del individuo se inclina a un lado u otro.

La alegría, pues, parecía que renacía en el hogar de la joven pareja. Cuando llegaba Augusto de su trabajo, su compañera salía a recibirle y volvían juntos como dos novios. Y él le contaba cosas de la fábrica, del bruto de don Silvio, de las pataletas diarias que sufría, y ella le daba cuenta de cuántos capullos se abrieron en un día, de cómo el jilguero le hizo dolor de cabeza y de los muchos proyectos que con Sabina habían esbozado de un cabo de día a otro.

Pero una noche, noche aciaga por cierto, Augusto no llegó a su casita florida del monte. Marcelina y Sabina presa de un ansia indescriptible trataban inútilmente de prestarse valor una a otra, hasta que Jerónimo tomó la iniciativa de ir hasta la fábrica a ver lo que había sucedido. La fábrica, cerrada herméticamente a aquellas horas, nada ofrecía de particular. Fué hacia su pisito y allí encontró al obrero, demudado, nervioso, colérico.

— ¿Qué haces aquí? ¿Qué ha sucedido?

Augusto le miró como un beodo y replicó:

— No tengo valor para presentarme en casa, Jerónimo, amigo mío; me faltan fuerzas para darle a mi mujer la fatal nueva, y hacia aquí he venido por

ver si mi razón se esclarece y encuentro motivos para encubrir de momento mi falta de trabajo.

— Cómo, ¿te han despedido?

— Estoy en la calle.

— ¿Y motivos?

— Me lié a puñetazos con un empleado del taller; me provocó, me insultó y yo no pude contenerme; allí mismo le dejé tendido y don Silvio, claro está, nos ha despedido a los dos.

— No creía que fueras tan zoquete. Estas cuestiones no se ventilan en la fábrica, sino una vez ha sonado el pito.

— Tienes razón, toda la razón, pero me dijo algo de Marcelina, que si mi «querida» aquí, que si mi «querida» allá, y yo no sé explicarme lo que sucedió; creo que él me amenazó primero pero yo respondí certeramente en seguida.

— Bueno, bueno, ¿te ha despedido de palabra?

— No sólo de palabra, sino de hecho; me ha hecho firmar un papel, me ha pagado...

— Burro, imbécil, idiota..., ¡pero es que tú no estás en tus cabales! No te das cuenta de la estratagemma en que te han metido. ¿De qué empleado se trataba?

— De uno que no conocía, sólo hacía dos días...

— Basta, basta. Al viejo no le convenía tenerte por empleado y ha urdido una maniobra que le ha salido a las mil maravillas y tú te has dejado coger en el cepo como el más inocente corderillo. A lo hecho pecho, que tu compañera está a estas horas más muerta que viva por tu ausencia.

Y juntos los buenos amigos emprendieron la ascensión de Montjuich elaborando el argumento que menos daño hiciera a la joven, al objeto de suavizar la rudeza en el decir de la tremenda verdad.

¿Pero es que es posible ocultar algo a una mujer que se quiere? ¿Es posible mentir, y sostener con fijeza los ojos como si se tratase de la verdad?

Y lo que Augusto quiso ocultar, Marcelina supo sacarlo poco a poco a la superficie.

— ¿Y cuánto tiempo durará este paro?

— No sé de fijo, don Silvio me avisará.

— ¡Pero no es posible que os haya dejado sin semanal!

— Sí, pero no, es decir... algo nos dará.

— Tú me ocultas algo, Augusto. ¡Qué poca confianza tienes conmigo! ¿Hasta cuando tu compañera no ha compartido alegrías y tristezas, no nos hemos apoyado mutuamente, y nos hemos prestado optimismo en cuanto le veíamos zozobrar? Cuéntamelo todo, día llegará que no podrás ocultármelo.

Y Augusto, en efecto, al cual cada día resultaba más pesada la carga de su silencio y más difícil salir del atolladero le contó a Marcelina con todo detalle lo sucedido, y de la manera inicua que había procedido don Silvio, aprovechándose de un momento suyo de desvarío, en que como loco no sabía qué hacía ni qué partido tomar.

Aunque aparentemente la joven quiso parecer fuerte, el golpe había sido mortal.

— Sin trabajo..., sin trabajo... ¿Quién no sabe lo que representa un jornal en casa de un obrero? Es el pan, es la alegría, es la vida, es el todo—. Y ni las consideraciones de Sabina, ni las palabras dulces de Augusto evitaron que el cuerpo de la joven decayera sensiblemente víctima del dolor moral que la atenazaba. Para no desalentar a los suyos sonreía benignamente, pero tras su sonrisa se ocultaba el llanto. La soledad, única amiga que le permitía sus expansiones, era buscada por Marcelina con empeño, y la desgana volvió a apoderarse de aquel infeliz cuerpo hasta entonces en franca trayectoria ascendente.

Por si ello fuera poco se presentaba un otoño borrascoso, frío. Fué preciso, debido a que la casita no reunía condiciones invernales, de trasladar a Marcelina a su antigua covacha, en aquel reducito pisito sin luz, con paredes patinadas de aquella pelusilla blanca característica de la humedad. Un olor a rancio, a carcomido les invadió al penetrar de nuevo en su recinto, ¡pero el alquiler era tan limitado!

Dos meses después expiraba Marcelina en brazos de Augusto, con la mano de Sabina aprisionada entre las suyas. Amor y amistad hasta sus últimos momentos no la abandonaron. Sencilla fué su vida y sencilla fué su muerte. Como un candil cuyo aceite va agotándose hasta que la tenue llamita pasa del ser al no ser, así la pobre Marcelina, pagando por cada minuto que transcurría un crecido tributo a la vida, fué agotándose lentamente sin poder precisar el minuto exacto en que su vida dejó de ser vida dejando paso al reinado de la muerte.

Y los brazos de la maternal vecina acogieron a Augusto, para prodigarle sentidas frases de valor.

— ¿Quién la ha matado, Sabina, quién? Nos hemos esforzado en titánica lucha, la habíamos puesto a cubierto del trance, luego... ¿quién la ha matado?

— La sociedad, hijo, la sociedad nuestra que se ensaña en sus hijos como si fuera una hiena. ¿Cuándo terminará el exterminio?

Y los puños de ambos se levantaron en actitud amenazadora por encima la muerta, y cuando la promesa sale en instantes tan solemnes dicha promesa no se olvida jamás. Su garantía es la propia vida.

## V

Tres años han transcurrido de lo narrado. De pronto ha estallado en nuestro país la sublevación más inicua que puede darse en el mundo civilizado. Una gente vestida de uniforme ha lanzado hermano contra hermano y ha invadido las calles con cañones y ametralladoras en dirección de quienes se pongan delante.

Ciudadanos, ¿quién se pone ahí? ¿Es este un sitio de honor o de vergüenza? ¿Cuál es el dique que se opondrá al torrente de barbarie de estos caballeretes? Y el pueblo unánime, como un solo hombre y una sola voluntad se levanta encrespado, empuña el fusil y corre a la lucha.

Se forman barricadas de cuerpos obreros, es la carne que responde con mayor dignidad a todo atropello y el que hace mayor ofrenda de su sangre. ¿Qué interés pueden alegar que les mueve a esos hombres de cara tiznada de carbón, manos callosas que hasta ayer estaban al pie del torno, de la máquina, del volante? ¿Es que hay dinero bastante para poner precio al desinterés de los héroes? Morir, ¿y eso qué?; matar, ¿y eso qué?

Y sus cuerpos se precipitan disputándose el honor de figurar en primera fila en la lucha sagrada por la libertad. Todos ellos movilizados voluntariamente en cuanto ha sonado el primer tiro, forman grupos compactos, centelleantes los ojos, agarrados frenéticamente al fusil y se lanzan el puño en alto para enseñar en plena lucha cómo se muere por los ideales.

Y la horda dominguera de donjuanes y sus corderos retrocede ante los valientes.

Augusto se encuentra también entre ellos. Desde el primer momento, sin vacilación posible se ha puesto al servicio de la patria amenazada. Palmo a palmo ha ido recorriendo la ciudad dejando atrás compañeros ensangrentados sin que la menor flaqueza haga mella en su temple de acero. Jerónimo, aunque viejo, empuña también el fusil al lado de su amigo y parece que el combate le haya rejuvenecido.

Transcurrida la parte más cruenta de la lucha, dominado el movimiento en nuestra ciudad, los dos compañeros no se separan de la barricada, alternándose día y noche en la vigilancia y al acecho de posibles enemigos que por cobardes se escuden en la sombra.

En aquel atardecer, sentados sobre sacos de arena están los dos amigos con otro compañero de lucha como ellos enrolado en las milicias populares.

— ¿Estás fatigado, Ecequiel? Deberías marcharte a tu casa, ya vendrá alguien a reemplazarte — dijo Jerónimo a su joven camarada.

— Fatigado no estoy, no lo creáis, pero sí que me marcharé para tranquilizar a mi madre, ya que la pobre teme de continuo.

— ¿Y a tu novia, no?

— ¡Bah!, las novias no son como las madres.

— ¡Chamusquina tenemos! Habéis regañado, pero es tan frecuente entre los enamorados. Después de la tempestad viene la calma. Lo hacéis por el gusto de la reconciliación, para conquistarla de nuevo...

— Mi caso es algo más complejo, amigos míos, y en caso de que ella quisiera o pudiera arreglarlo, debo asegurarme que no es un arreglo ficticio.

— Algo gordo ha sucedido. Cuenta, cuenta — dijeronle los dos a un tiempo.

Y Ecequiel habló:

— Hace un año que la conocí y no niego que la quiero con toda el alma; también supuse que ella me quería, pero hoy..., lo dudo.

Y tras una breve pausa:

—Lo sucedido es lo siguiente. Mi novia era muy amiga de la hija de un oficial del ejército retirado que habitaba en la misma escalera. Desde hacía años eran vecinas y se frecuentaban a menudo. De mi parte la simpatía que me inspiraba aquella muchacha era tan exigua que acaso alguna vez pequé de descortés, aunque jamás, ¡jamás! le dije a mi novia que dejara de verla ni que acortase sus paseos con ella. La razón de mi desvío era puramente personal, debido a mi temperamento y no creí necesario privarla de una amistad que si no era leal ya lo demostrarían el tiempo y los hechos.

Pues bien, llegado el domingo, el domingo negro o el domingo blanco, según lo miréis por uno u otro lado, mi novia me aconsejó que me enrolara en las milicias. Adivinaba su pena pero también su orgullo.

—La patria lo reclama, vé... El yugo de estos hombres sería ignominioso; defiéndenos, Ecequiel.

La abracé como hubiera abrazado a mi madre y las palabras aquellas me espolearon el domingo aciago y me llevaron a un franco éxito. Si todas las novias habían obrado como la mía, no tendríamos duda que el triunfo les atañe a nuestras mujeres indirectamente en gran proporción.

—¡Y aún dudas de ella! —dijo Augusto sin poder contenerse.

—Espera, no he terminado. El martes siguiente estaba charlando con ella en la escalera y pasó su amiga. Mi novia la saludó pero ella, aún viéndonos, no contestó al saludo. Era... porque estaba conmigo. Me quedé perplejo. Lina — mi novia se llama así como diminutivo de Adelina — comprendió el porqué de la descortesía y nada dijo. Sin embargo, su risa se había esfumado, apenas si hablaba y más de una vez observé como sus ojos hacían esfuerzos para absorber las lágrimas que amenazaban exteriorizarse. Me despedí taciturno, aquella mujer había puesto algo entre nosotros que sólo ella podía derribar.

Al día siguiente Lina encontró a los chicos de las milicias sucios y desarrapados.

—¿Dónde has visto tú que se haga la guerra con «smoking»? ¡Si te parece me pondré guantes!

—Yo no digo eso, pero parecéis... —omito la palabra, chicos, porque de recordarla sólo, me crispa. Una idea se hizo en mi cerebro.

—¿Has hablado con tu amiga del principal?

—Sí, largo rato, en el fondo es una buena chica.

—Yo no miro sólo el fondo sino la forma, ha de serlo por dentro y por fuera.

La influencia era evidente. La amiga trabajaba lindamente en el ánimo de mi amada, le decía lo que de nosotros oía decir a su padre, y he aquí cómo Lina, que desde el primer momento la sentí digna de mí, fué despegándose de mi causa, y era influida cada día más y más..., yo lo veía, lo tocaba y sus consecuencias me dolían cada vez con más fuerza.

Un día fué derecho al asunto.

—Ecequiel, deseo que dejes de pertenecer a las milicias.

—¡Y que me pasee tan lindamente cuando una sorpresa puede acarreararnos una catástrofe!

—Deseo verte neutral y que nadie pueda decir de ti que obras malamente con o sin razón.

—No me dijiste eso cuando me enrolé. ¿Qué ha sucedido, luego?

—Que lo he pensado mejor... —y bajó los ojos ante tamaña mentira.

No, lo que sucedía era que su «buena amiga» la hija del oficial retirado, cada día avanzaba terreno, contrariamente a lo que sucedía a los facciosos. Cada día minaba el ánimo de mi futura compañera y de continuar así Lina tendría que escoger entre su amiga y su amado, como yo tendría que escoger entre mi patria y ella.

Al día siguiente estábamos reunidos los del Comité en un casino cerca de la casa de mi novia. Hacíamos corro y examinábamos las pistolas. Vi avanzar a la hija del oficial, con la cabeza erguida; rozó mi brazo,



la miré, me miró pero con tal desprecio, con tanta audacia y con un aire tal de vencedor que la sangre se me agolpó a las sienes, y sin saber qué hacía apreté el gatillo. Cayó en redondo. Mis compañeros supusieron que se me disparó el arma por un descuido; sólo Tonio, un buen camarada, me dijo al oído:

— ¿Es venganza, Ecequiel?

— No, Tonio, no, ¡justicia!

— Porque te conozco te creo — y nos abrazamos emocionados.

Ecequiel calló y sus compañeros no osaron turbar aquel silencio que le ponía frente a sí mismo. Sólo al cabo de un rato preguntó Augusto:

— ¿Y ahora, qué?

— Ahora, no lo sé. No la he visto aún. En mi interior la elección está hecha. Entre ella y mi patria, y a las dos quiero, me quedo con mi patria. La cizaña ha desaparecido si ella me quiere, como sería su deber; ha de ser fiel a mí y a mis sentimientos. Si yo no encuentro en Lina a la mujer de aquel domingo que me dijo: «defiéndenos, Ecequiel, eso sería ignominioso», es que la mujer es veleta al viento y entonces «buen viento». La he perdonado su primera deserción que fué a causa de una amistad funesta; ahora... ahora ella dirá. Quiero escoger desde este instante una vida de amor pero también de comprensión, si esta falta y nuestros ideales no coinciden, el amor faltará también, aún estamos a tiempo... — y en el atardecer los sacos de arena proyectaban una sombra agrandada sobre ellos, protectora y amable. Ecequiel levantóse por fin.

— ¡Salud, camaradas! Hasta mañana.

— ¡Salud, compañero — le respondieron Augusto y Jerónimo.

Media hora después, Augusto, acogido a un ángulo de la barricada, fusil en mano y mientras su amigo se ausentaba para un acto de servicio, descansaba su cabeza sobre la pared de arena en aire de meditación. Gran número de curiosos salían para fisgonear entre los estragos. De pronto, al otro lado de la barricada

se inició un diálogo que puso su cuerpo en tensión. Eran dos hombres, no se creían escuchados y hablaban en voz baja.

— ¿No te parece que a mí me tomarán por uno de ellos?

— Ya lo creo, tío; así, con tu camisa remendada, sin cuello ni corbata, con pantalones viejos y alparagas, aunque demasiado limpias.

— Cierro que ahora va a ser de moda el ir sucio y andrajoso.

— Pero a mí... — y bajando aún más la voz — mientras dejen ocultarme el dinero!

— Por qué no te has marchado al extranjero, tío?

— No hay cuidado; vivo como los topos y he aprendido a levantar el puño y a decir «¡salud, camaradas!», es palabra mágica.

— ¿Tienes miedo de alguien?

— Hombre, miedo, miedo..., pero todo podría ser. ¿Te acuerdas de aquel imbécil de Augusto? Hace de esto tres años, y como ahora dicen que es la hora de las venganzas...

— Pues por ese también debía temer yo, que le di aquel bofetón. Fué una combina de éxito rotundo, ¡qué imaginación tuviste!

— Pero — y la voz se hizo casi imperceptible — ¿has puesto a buen recaudo los papeles?

— No tengas cuidado que me registren — contestó con voz socarrona.

Augusto, con creciente excitación lo había oído todo. Levantó la cabeza para cerciorarse y en efecto, allí vió a don Silvio con aquel seudo obrero y que no era otro que su sobrino que tres años antes había insultado la memoria de su compañera.

— ¡Ah, cómo me las pagaréis, cobardes! — y empuñando el fusil salió de su escondrijo.

Los dos individuos abrieron los ojos con espanto. Don Silvio, haciendo de tripas corazón, procuró arreglar el asunto diciendo con voz humilde y los ojos clavados en el suelo:

— ¡Ya ves, Augusto, todos somos iguales, todos somos unos, ya no hay diferencias entre nosotros!

— ¿Conque todos somos iguales? ¿Y eso por qué, mala hierba, a los villanos como vosotros les sobra filas porque me faltaba maldad y astucia, a ti te sobra mala hierba a los villanos como vosotros les sobra para medrar y mezclarse entre los humildes. No, jamás seremos iguales, que si yo no quise entrar en tus filas porque me faltaba maldad y astucia a ti te sobra todo esto para entrar en las filas de hombres honrados. ¡Fuera de la nueva sociedad los parásitos y traidores! — y apuntando el arma soltó el gatillo repetidas veces. Los dos hombres cayeron bajo la lluvia de balas. Marcelina, desde lo desconocido había armado su brazo y apuntado, había hecho justicia. Era el mismo brazo que a compás del de Sabina se había levantado sobre la muerta clamando «¡Sociedad! ¡Sociedad!, ¿por qué te ensañas con tus humildes hijos?»

Una ambulancia se hizo cargo de los cadáveres. Alguien murmuró al contemplar el levantamiento:

— ¡Alguna venganza personal!

Augusto que lo oyó contestó rápido pero con voz vibrante:

— ¡Venganza, no! ¡Justicia!

Y su pecho se dilató ampliamente queriendo aspirar el aire de la vida nueva que alboreaba en el horizonte.

les. — 477. *El hijo de la obrera*, de R. Villalba. — 478. *El dilema de María Solá*. — 479. *Cómo se debe amar*, de Ricardo Peña. — 480. *La cosecha, sus encantos y sus dolores*, de Salvador Cano. — 481. *Amor prostituido*, de Francisco Hecho. — 482. *Crímenes en Tierra firme*, de M. Teresa Gibert. — 483. *Tragedia y Redención*, de Félix León Vicente. — 484. *Una novela vivida*, de D. Bohigas. — 485. *Carmen*, de Manuel Andueza. — 486. *El singular testamento*, de M. Badía Colomer. — 487. *La huelga*, de F. Moles Güell. — 488. *El alma de Andalucía*, de J. Reinoso Ortega. — 489. *El desertor*, de Clemente Cimorra. — 490. *Odio y amor*, de Angela Graupera. — 491. *En las garras de la lujuria*, de Gregorio Gallego. — 492. *Prejuicios tradicionales*, de L. Martínez Gracia. — 493. *La vida de José*, de Miguel P. Cerdón. — 494. *Sor María de la Cruz*, de Federico Urales. — 495. *Jorge y Margarita*, de Sergio de Moutemar. — 496. *Vivir*, de Ventura Manceto Santin. — 497. *Mujeres*, de Cecilia García. — 498. *Usted no es mi padre*, de Juan de la Flor Burgos. — 499. *¡Libres!*, de Pedro Sánchez Martín. — 500. *Las que tienen y las que no tienen marido*, de Federico Urales. — 501. *Rosalía*, de Ponciano Alonso. — 502. *Los nuestros*, de A. Fernández Escobés. — 503. *La alondra remonta el vuelo*, de Antonio Alarcón. — 504. *Rimas del arpa de la vida*, de Antonio Pedraza Palomo. — 505. *El rapto de Matilde*, de Federico Urales. — 506. *Flor de Pasión*, de Regina Opisso. — 507. *Un drama que no es de amor*, de A. Martín. — 508. *Rompiendo las cadenas*, de René Progrés. — 509. *Falsa ilusión*, de Valentín Obac. — 510. *¡Tú, mi hermana!*, de Margarita Amador. — 511. *La fuga de un condenado*, de Manuel López Sánchez. — 512. *¡Justicia!*, de José Oliver Ramón. — 513. *Sor Balca*, de Juan Martínez González. — 514. *Liberto*, de Gonzalo Vidal. — 515. *El triunfo del amor*, de Manuel Herrera F. — 516. *La que no supo vivir su amor*, de Carlos Aledo. — 517. *La sobrina del cura*, de Federico Urales. — 518. *El crimen de los padres*, de Antonio Serrano. — 519. *El párroco de San Andrés*, de Antonio Vela. — 520. *Regenerada por amor*, de Helio Fraternal. — 521. *La hermana del cura*, de Federico Urales.

DE TODAS ESTAS NOVELAS

SE SIRVEN COLECCIONES

PRECIO DE CADA VOLUMEN : 20 CÉNTIMOS

Ediciones de folletos de  
**LA REVISTA BLANCA**

a 20 céntimos ejemplar

LA ANARQUIA AL ALCANCE DE TODOS, por *Federico Urales*.

LA SOCIEDAD FUTURA, por *Soledad Gustavo*.

EN TIEMPO DE ELECCIONES, por *Malatesta* y EL ABSURDO POLITICO, por *Paraf-Javal*.

DOCE PRUEBAS DE LA INEXISTENCIA DE DIOS, por *S. Faure*.

LA RELIGION Y LA CUESTION SOCIAL, por *Juan Montseny*.

LA ANARQUIA ANTE LOS TRIBUNALES, por *Pedro Gori*.

ENTRE CAMPESINOS, por *E. Malatesta*.

LA PESTE RELIGIOSA, por *J. Most*, y DECLARACIONES DE ETIEVANT.

¿QUE ES LA ANARQUIA?, por *Luis Fabbri*.

LAS BASES MORALES Y SOCIOLOGICAS DE LA ANARQUIA, por *Pedro Gori*.

LA ANARQUIA EN EL ATENEO DE MADRID, por *Federico Urales*.

LOS ANARQUISTAS ANTE SUS JUECES, por *Ravachol, Henry, Angiolillo, Vaillant, Kropotkin y Spies*.

LOS MUNICIPIOS LIBRES, por *Federico Urales*.

EL CLERO, SU ORIGEN, SUS VICIOS Y SUS CRÍMENES, por *Joaquín M. Bartrina*.

OYE, HERMANO EXPLOTADO, por *Hugo Treni*.

EL ESPIRITU REVOLUCIONARIO, por *P. Kropotkin*.

JUAN MISERIA, por *Juan Grave*.

LA MEDICINA Y LA MISERIA, por *E. Z. Arana*.

SINDICALISMO Y ANARQUISMO y POLITICA Y SOCIOLOGIA (juntos), por *Soledad Gustavo*.

LA MUJER PROBLEMA DEL HOMBRE, por *Federica Montseny*.

EL HOMBRE PROBLEMA DE LA MUJER, por *J. Pérez Hervás*.

EL IDEAL Y LA REVOLUCION, por *F. Urales*.

EL ANARQUISMO Y SUS VIRTUDES, por *F. Urales*.

LA VIDA DE ERRICO MALATESTA, por *Max Nettlau*, con prólogo de *Federica Montseny*. 48 págs., 30 céntimos.